

“María, Vida y Vivir”

FR. PEDRO GONZALEZ TEJERO, O.P.

Entre los escritos inéditos que dejó el P. Jesús María Merino Antolínez, O.P., después de su muerte, se halla uno que no deja de llamar la atención y suscita la curiosidad. Se trata de un grueso volumen de 700 páginas, escritas a maquinilla, a un espacio, y que lleva por título: “MARÍA, VIDA Y VIVIR.” Esta obra fue escrita, según consta en el manuscrito, entre los años 1987-1996, durante la última etapa de su enseñanza como profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Santo Tomás, de Manila.

La pregunta que salta a la vista es ésta: ¿Cuál fue el motivo que llevó al P. Merino a escribir tan largo y complejo tratado sobre la Virgen María? ¿Pertenece este escrito a la última etapa de su vida como profesor y escritor? ¿Cabe la hipótesis de pensar que estamos ante una obra, fruto de largos años de trabajo, reflexión, planificación y madurez bíblico-teológica? Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que estamos ante un tratado denso y completo, bien ordenado en sus líneas maestras, sobre lo que el P. Merino pensó, intuyó y compuso sobre la vida de la Virgen María, antes de caer enfermo e inhabilitado para seguir trabajando en la viña del Señor.

El P. Merino tuvo una gran devoción y amor a la Virgen María. Su firma era siempre ésta: “Fray Jesús María Merino Antolínez, O.P.” En dos breves notas que escribió, pasados ya los 80 años, nos cuenta lo siguiente:

“Bajaba la procesión que saliendo de la iglesia de Ntra. Sra. De Belén, de mi pueblo de Carrión de los Condes, conducía la imagen en ella venerada hasta la iglesia de San Andrés.

Yo era niño de pecho y mi madre me llevaba en brazos. Me besó y apuntó a la Señora y me dijo: "¡Mírala!" Miré y bajo una corona de oro vi brillar unos ojos dulcísimos de un rostro que me sonreía. "¡Mándala un beso!" requirió mi madre. Yo lo recuerdo muy bien. Llevé mi manita a la boca y le envié mi corazón."

En la primera página de la obra, que titula "Propósito," escribe estas conmovedoras palabras:

"En el plácido atardecer de aquel cuatro de mayo, camino de tu ermita, por entre las eras floridas, el tintineo de la esquila mortuoria me dijo la muerte de mi madre. Sentires de soledad y angustia me anegaron el alma. Un rayo de tus ojos brillóme dentro y ya no lloré. Escribo esto para decirte que no me olvido jamás".

* * * * *

Conviene dejar en claro que esta obra sobre la Virgen María no pretende ser un estudio rigurosamente histórico-bíblico, acompañado de su correspondiente aparato crítico. Esta vida de la Virgen, cuyas páginas rezuman gran ternura y devoción hacia ella, ha sido escrita con la intención de fomentar el amor, la veneración y entrega a la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre de todos los hombres.

Y abundando en esta línea, cabe preguntar: ¿En qué fuentes bebió su autor la inspiración, orientación y guía, a través de tantas páginas y de tantos diálogos como llenan la obra? Sin temor a duda se puede afirmar que su mejor fuente fue la Sagrada Escritura, en especial los Salmos y el Evangelio. A esto hay que añadir otras fuentes extra-bíblicas y hasta apócrifas. Ciertamente que el P. Merino fue un gran conocedor de la historia del pueblo judío, de sus costumbres, de sus tradiciones, de sus fiestas y peregrinaciones, del culto en el Templo de Jerusalén, de la geografía y topografía de los Lugares Santos. Si a todo esto añadimos su afición por la poesía y el teatro, más sus profundos conocimientos teológicos, no es de admirar que nos encontremos con una obra que merece la admiración y alabanza. Quiera Dios que algún día vea la luz de la publicación para bien y encanto de muchos.

* * * * *

María, José y Jesús son las tres figuras estelares de la obra. Para el P. Merino la Sagrada Familia es el más fiel trasunto de la vida de la Santísima Trinidad aquí en la tierra. Este es el mejor espejo donde deben mirarse todos los hogares del mundo.

María es una niña encantadora, nacida en el hogar de Joaquín y Ana, ambos descendientes de la estirpe sacerdotal de Aarón. La niña es cuidada y educada en el Templo de Jerusalén, junto con otras niñas de alta alcurnia y conocidas por el nombre de "Hijas del Templo." Bajo la atenta dirección de Ana, la profetisa, lee y conoce las Escrituras, participa activamente en las ceremonias del culto del Templo, aprende y canta los Salmos de David, sabe bordar y cantar, además de otras cosas. Ya mocita, es desposada, en una solemne ceremonia en el Templo, con José. Pero la suerte no la acompaña. Al poco tiempo mueren sus padres y María es despojada de toda su fortuna por los celos y ambición del rey Herodes. Sin embargo, Dios cuida de ella.

José es natural de Belén de Judá. Es un joven apuesto y elegante. Tiene siete años más que María. Desciende directamente de la línea real de David. "Por sus venas corre sangre real." "Es Hijo de David y heredero del trono de Israel." Al igual que María, pierde a su padre que es asesinado por el rey Herodes y desposeído de todos sus bienes. José sufre serias palizas por parte de los esbirros del rey.

Por motivos de seguridad, José y María se trasladan a la provincia de Galilea, libre de las tramas y rapacidad de Herodes. José decide que no han de casarse hasta que María no cumpla los 21 años. José aprende, en la moderna ciudad de Séforis, el oficio de carpintero. María, a su vez, se gana la vida bordando, cocinando y llevando el coro de la Sinagoga de Nazaret. María y José se aman entrañablemente, y se respetan en su mutua fidelidad y pureza.

El ángel visita a María mientras ésta medita ciertos pasajes de la Escritura. Acepta la voluntad de Dios y concibe un hijo por obra y gracia del Espíritu Santo. A su vuelta de Ain Karin, donde ha ido para asistir a su prima Isabel que dio a luz un hermoso hijo llamado Juan, José se percata claramente de que María está embarazada. Terrible momento para un hombre como él, justo y noble. El ángel del Señor le aclara todo el misterio y le pide se pliegue también a los planes de Dios. José lo acepta generosamente.

Se celebra la boda y ambos viven el amor más puro y tierno que jamás haya existido.

Jesús nace en Belén de Judá y José es el primero en adorarlo como el Mesías prometido, el Salvador, el Emmanuel.

María, virgen después del parto, se ve obligada a confesar a sus parientes el secreto que ella y José solamente saben. Sigue la huida a Egipto, en la que la providencia de Dios los protege en todo momento. Las páginas que el P. Merino dedica a la estancia de la Sagrada Familia en Egipto son ciertamente hermosas y muy originales. Durante siete años permaneció esta familia en Egipto. El niño creció en edad y gracia. María vivía entregada a su educación y cuidados y vio cómo se despertaba en él su inteligencia, simpatía y su ansia de saber y ver cosas. José, por su parte, trabajaba incansablemente en su oficio para que nada faltase a sus seres queridos. Los tres se familiarizaron con la lengua y cultura egipcias, llegando a entablar amistosas relaciones con los soldados romanos. Un centurión de nacionalidad ibérica les cobró gran cariño y les facilitó el poder conocer y ver las muestras de la cultura egipcia. Jesús, al ver y contemplar los cultos paganos de los egipcios comentó con sus padres: "Estas culturas y religiones entrarán, a su tiempo, en el ámbito de Dios."

A su vuelta a Nazaret, pasaron por Belén, y ya Jesús se estrenó curando a su tío Rubén que apenas si podía andar.

¿Cómo fue la vida de esta familia en Nazaret? Como lo había sido siempre, sencilla, trabajadora, en muy buenas relaciones con amigos y conocidos, muy unida entre sí y disfrutando de paz y alegría, abierta siempre a los planes de la providencia.

Jesús, al cumplir los doce años, protagoniza el incidente del encuentro en el Templo de Jerusalén. Ya en casa, declara abiertamente a sus padres que él es el Enviado de Dios, Emmanuel, para salvar a todos los hombre mediante la instauración del Reino de Dios en la tierra. María y José le escuchan sin poder entender el alcance de sus palabras.

Todos los años peregrinan a Jerusalén y, por el camino, evocan la historia y los acontecimientos del pueblo de Israel. María traía embelesados a los peregrinos cada vez que contaba esos sucesos. Jesús, como cualquier joven normal, establece relaciones

amistosas con Juan, Lázaro y Nicodemus. Juntos corretean por las calles de Jerusalén, entran, gracias a Juan, en recintos reservados del Templo y visitan todos los lugares cercanos a la ciudad santa.

Todos los sábados, los tres asisten fielmente a los cultos de la sinagoga. María dirige el coro y Jesús, ya mozo, sube de vez en cuando al ambón y explica las lecturas de los profetas.

Jesús ayuda a José en las tareas de carpintería, mientras que María cuida de la casa, de su jardín de flores, y se gana el pan de cada día bordando vestidos primorosos. También es conocida por sus habilidades culinarias.

Durante este tiempo Jesús realiza dos milagros que pasan inadvertidamente ante la opinión popular. Devuelve la vista a un ciego de Caná, a quien había cobrado gran cariño y afición. También cura a una joven muy bella, pero que sufre parálisis con convulsiones terribles. Se llamaba María de Magdala. María, esta vez, por encargo de Jesús, dio vida al nietecito del ciego de Caná, pues había nacido muerto.

Jesús ya casadero, según la costumbre judía, es invitado por sus familiares a que tome por esposa a una mujer de su raza, por ejemplo, a María Magdalena en quien brillaba la gracia y la belleza. Para Jesús ya no hay secretos ante esta confrontación. Con palabras que todos pudieron entender bien les dijo: "Yo no he venido a fundar un hogar familiar sino a establecer el Reino de Dios, mi Padre. He venido a traer el amor de Dios a los hombres y mi misión no es otra que llevar los hombres a Dios. Yo soy Emmanuel, el Mesías."

Con los años José envejeció y cayó enfermo. La paliza que había recibido de los esbirros de Herodes había dejado sus secuelas. Con todo el cariño fue trasladado a Belén donde el clima era más benigno. Pero todo fue en vano. Una tarde, mientras María y Jesús estaban a su lado, se sintió morir. Jesús le alentó con la promesa de que pronto estaría en el Seno de Abrahán y que allí volverían a verse de nuevo. José fue enterrado en Jerusalén con todos los honores de "Hijo de David."

María y Jesús volvieron a Nazaret, pero de común acuerdo decidieron trasladarse a la casita que José había comprado y dispuesto en Cafarnaúm. Jesús ya no sería más el carpintero de

Nazaret. En la tranquilidad y sosiego de la nueva casa Jesús y María conversaban íntimamente. Un día Jesús le dijo que había llegado su hora, la hora de realizar la misión encomendada por su Padre. Él tenía que irse por esos mundos de Dios a predicar el Reino de Dios. Él era el Hijo de Dios Padre y el Espíritu Divino habitaba en él y le impulsaba a llevar a cabo su empresa. Había llegado su hora.

* * * * *

A partir de este momento el relato del libro sigue la trayectoria evangélica. Jesús es bautizado en el Jordán por su primo Juan, el Bautista. Y visita a su madre en Cafarnaúm para que conozca a sus nuevos discípulos. Estos la cobran gran cariño y afición y la miran como la madre de todos. Pero antes de partir a su ministerio, Jesús habla a su madre de corazón a corazón. La explica que va a instaurar el Reino de Dios en todos los corazones. Al requerimiento de María de que ella desea ir en su compañía, Jesús le dice:

“Madre, te necesito. Voy a encontrar corazones muy bellos, pero también hallaré quien me odie a muerte. Sé mi inspiración. Sé el amor que nunca olvida”.

* * * * *

La casa de Cafarnaúm se convirtió a partir de este momento en centro de actividades apostólicas. Unas veces venían los apóstoles e informaban a María de los lugares donde Jesús predicaba, de sus milagros, de las multitudes que venían a él, de las dificultades y trabajos que esto suponía. En otras ocasiones, el mismo Jesús se recluía en la casa, descansaba junto a su madre que siempre le tenía lista “la ropa limpia,” y conversaba con ella sobre sus experiencias apostólicas, cobrando por ello gran ánimo y vigor. También el grupo de las amigas de María se organizaron para ir a los lugares del apostolado, proveer a los apóstoles de sus necesidades y conocer los milagros de Jesús.

Pero no todas las noticias eran halagüeñas. Contaron el incidente que había tenido lugar en Nazaret durante el culto en la sinagoga. Aquellos compoblanos querían que Jesús actuase “como un payaso.” Se soliviantaron. Pero ante la mirada penetrante de Jesús le dejaron en paz. Se marchó lejos del pueblo.

Uno de los días en que Jesús visitó a su madre le contó lo que le había pasado en Samaria, camino de Jerusalén, junto al pozo de Jacob. Aquella samaritana, a la que Jesús pidió un vaso de agua no era tan mala como se creía. Y comentaba Jesús:

"Madre, la belleza de aquel corazón corrido me hizo sentir muy hondo lo que es el retorno del mundo al abrazo de Dios".

También los apóstoles contaron a María el suceso del Templo. Habían asistido al sacrificio de la mañana. Jesús se paseaba por los atrios del Templo y vio cómo aquello era una verdadera algarabía. Vendedores que ofrecían sus mercancías, negociantes que especulaban como podían, todo un mundo de oferta y compra, de negocios. Jesús ya no pudo resistir más. Cogió un látigo fuerte y comenzó a fustigar a todo el mundo. La gente le vio arrebatado de un celo impetuoso por las cosas de Dios y huyeron como pudieron, mientras Jesús les increpaba: "Habéis hecho de la Casa de mi Padre una cueva de ladrones." El suceso corrió como un relámpago por toda Jerusalén.

Santiago contó a María otra aventura que tuvo lugar en uno de los atrios del Templo. Un grupo de escribas y fariseos empujaron a una mujer delante de Jesús acusándola de haber cometido adulterio. Jesús se inclinó y escribió sobre el polvo de las losas nombres y lugares. Cuando vieron aquello cada cual se marchó como pudo. Pero un joven desafió a Jesús. Este, sin decir nada, se inclinó de nuevo y escribió con letras grandes: "La Romana"... Al verlo el jovenzuelo corrió pies para que os quiero. Y Pedro comentaba: "Todos nosotros nos moríamos de risa."

Los enemigos de Jesús no le perdían de vista. Vigilaban sus pasos, milagros y popularidad. Por eso pensaron en quitárselo de en medio. Un familiar de María, Eliazar, se personó un día en Cafarnaúm y la informó de cuanto se tramaba en Jerusalén. Jesús no perdió el buen ánimo, mientras que María se sentía hondamente preocupada. Para consolarla, Jesús le contó lo que le había ocurrido en Tiro y Sidón, tierras paganas. Una buena mujer se le acercó y le pidió que curase a su hija. Al ver la gran fe de aquella mujer Jesús realizó el milagro, a lo que Santiago comentó: "Entre los gentiles hay almas más buenas que la mía."

Los temores y presentimientos de María cobraron fuerza cuando en casa de José de Arimatea supieron que en Jerusalén se había decretado la muerte de Jesús. Y para colmo de desgracias María había sido depuesta de directora del coro en la sinagoga de Cafarnaúm.

Por todos estos motivos Jesús habló a su madre del siguiente modo:

“Tú eres mi madre, tú me diste la vida. Madre, te pido algo más. Como holocausto que sobre el altar se abrasa toda mi vida y ser de hombre ha de subir a las manos de mi Padre. ¿Querías tú no dejarme solo en la inmolación? ¿Querías conmigo apurar el cáliz del dolor? ¿Querías por mí y en mi darte toda en redención?”

* * * * *

El tiempo de la Pascua estaba ya a las puertas. Jesús informó a su madre que quería celebrarla en Jerusalén. María se mostró propicia de ir también. Jesús le dijo que ella iría por el camino más corto, en compañía de los peregrinos del lugar. Él, con sus discípulos, bordearía la línea del Jordán hasta Jericó. Todos se encontrarían en casa de Lázaro, María y Marta. Y así fue. En un momento de tranquilidad Jesús llamó a su madre con la que mantuvo el siguiente diálogo:

– “Madre, ha llegado la hora. He de morir. Y morir por la salvación del Pueblo de Dios. Mi muerte es el sacrificio de salvación. Madre, esta humanidad mía que de tu sangre nació en tus entrañas es la sangre víctima de todos los siglos y de todos los altares. Madre, todo lo que ves en mí va a quedar deshecho, descuartizado, inmolado, ofrecido... Madre, ¿estarás conmigo?”

– “Hijo mío, tu madre morirá contigo.”

– “Tú no morirás. Tus penas y las mías abrasarán de amores divinos al mundo entero. El morir, madre mía, es durísimo. Pero el triunfar es paz. Paz infinita de todo y en la gloria sin fin de mi Padre.”

Durante la cena de ese día María, la hermana menor de Lázaro, ungió la cabellera de Jesús y también sus pies con un riquísimo ungüento. El gesto de la joven estaba lleno de misterio.

* * * * *

Y llegó la hora de celebrar la Pascua. El lugar escogido por el mismo Jesús fue la casa de la madre de Marcos. En ella se reunieron todos los apóstoles junto con María y María Magdalena. Comenzó el rito según la fórmula establecida. Juan, el más joven hizo las preguntas de costumbre. De pronto, Jesús se levantó y ante la sorpresa y estupor de sus discípulos comenzó a lavarlos los pies y enjuagarles con una toalla, mientras decía: "Vosotros también tenéis que lavaros los pies los unos a los otros. Os he dado el ejemplo."

La cena continuó su curso normal. Al final, Jesús ejecutó un rito totalmente nuevo. Los discípulos vieron cómo Jesús tomó una hogaza de pan y teniéndola en sus manos dijo solemnemente:

"Tomad y comed, este es mi cuerpo que es entregado por vosotros."

Y tomando la copa del vino dijo:

"Tomad y bebed todos de él. Este es el cáliz de mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada en beneficio de muchos, para el perdón de los pecados. Haced esto cuantas veces lo bebiereis en conmemoración mía."

Durante la sobremesa Jesús, mirándolos a todos, los habló con gran emoción y ternura:

"Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado... La paz os dejo, mi paz os doy. Confiad, yo he vencido al mundo..."

Nadie como María escuchó y grabó en su corazón de madre cada una de las palabras de Jesús. Concluida la cena se cantó el himno de acción de gracias a Yahvé. Jesús se acercó a María y le susurró estas palabras finales:

"Madre, estate conmigo. Ahora más que nunca te necesito."

Y dicho esto, Jesús se ausentó del Cenáculo acompañado de sus discípulos, menos de Judas que se había escabullido.

* * * * *

Al amanecer, la noticia corrió como la pólvora. Jesús había caído en manos de sus enemigos que habían firmado su muerte. La familia de José de Arimatea informó a María de cuanto había ocurrido: El huerto... Anás... Caifás... el Sanedrín. Y, por fin, Pilatos que le había entregado a la muerte de cruz. María ya no esperó más. Su impulso materno ardía como un volcán. Llamó a sus amigas de confianza y las invitó a seguirla. Se cubrió con un manto negro y marchó veloz en busca de Jesús. Conocía bien las calles de Jerusalén. Pronto oyó el chillido del cornetín y el rumor de los tambores. La gente se agolpaba curiosa, sorprendida. Al cruzar una bocacalle vio a su hijo Jesús. Llevaba sobre sus hombros una cruz. Esperó y vio que su hijo la miraba. Jesús se detuvo. “¡Adelante!” gritó el centurión. María seguida de sus compañeras se adelantó, camino del Calvario. Allí esperó serenamente la llegada de Jesús. Allí vio cómo le desnudaban y le tendían en la cruz. El golpe de los clavos y el levantamiento de la cruz. Con valentía infinita se acercó al centurión y le dijo: “Soy su madre.” Tras unos instantes de reflexión, éste le dijo: “Pasa con los tuyos.” Y allí, en presencia de su hijo, permaneció firme, con la mirada fija en Jesús para escuchar sus últimas palabras. “Oremos con Jesús,” dijo serenamente a los que la acompañaban.

Y oyó esta voz caída de la cruz:

“Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo he ahí a tu madre.”

Jesús, en un esfuerzo imponente por levantar la cabeza, dijo con voz potente:

“Padre, en tus manos te dejo mi espíritu.”

Jesús había muerto. María se abalanzó entonces a la cruz y la cubrió de besos, lo mismo que los pies sangrantes de Jesús.

Algún tiempo después el cuerpo inerte de Jesús, envuelto en el manto negro de su madre, era conducido hacia un cercano sepulcro. El cuerpo fue depositado sobre una losa y las compañeras de María le envolvieron devotamente en lienzos blancos. María, al contemplar el cuerpo muerto de su hijo, sollozó: “Jesús, Jesús!” Y ya colocado el cuerpo en la tumba y cubierto con una sábana blanca, María dijo: “Bendito seas Yahvé. Tú lo quisiste así, recí-

belo!" Los hombres cerraron el sepulcro con la piedra y todo quedó en silencio.

* * * * *

El último capítulo que el P. Merino ha dedicado a la vida de la Virgen María ofrece unas características especiales. Es un capítulo en el que su autor deja volar libremente su imaginación y construye una serie de escenas y diálogos totalmente nuevos y originales. La figura central es María como Madre de la Iglesia. La Iglesia que acaba de nacer y comienza a dar los primeros pasos se nutre y crece al calor y fuerza de la Eucaristía que Jesucristo resucitado celebra en cinco ocasiones consecutivas.

El domingo que siguió a la muerte y sepultura de Jesús alumbró una luz nueva, un tiempo nuevo, un mundo nuevo.

En una noche clara, llena de estrellas, María contemplaba los cielos desde la terraza de la casa de los de Arimatea. De pronto oyó una voz dulce que decía:

"¡Madre!" Era Jesús que me miraba a los ojos y ví su sonrisa, serena, luciente, triunfal. "¡Jesús, Jesús!" le dije, a lo que él repuso: "Madre, ya sabías que yo iba a resucitar. Tú y yo hemos vivido la muerte juntos. El mundo entero es ya para siempre de Dios, mi Padre!"

Las apariciones de Jesús se sucedían con frecuencia. Un día se apareció a José de Arimatea para pedirle le cediese el jardín de su mansión donde quería celebrar la Eucaristía. La organización de este acto corrió a cargo de Pedro. A la hora convenida ya llenaban el lugar más de doscientas personas. Pedro y los demás apóstoles se colocaron a ambos lados de la mesa cubierta de un mantel blanco y con el espacio central para Jesús. Pedro comenzó diciendo:

"Pidamos con todas las veras que Dios nos haga dignos de estar en su presencia." A lo que el coro respondió: "¡Yahvé, ten piedad. Cristo, ten piedad. Yahvé, ten piedad!"

En este momento Jesús apareció en medio de los apóstoles con los brazos extendidos en forma de cruz: "La paz sea con vosotros." Y contestaron al unísono: "Y con tu espíritu."

María que se hallaba dirigiendo el coro, entonó el salmo 118: "¡Alabad a Yahvé, que es bueno! Que para siempre es su misericordia." Jesús con voz poderosa dijo: "Oremos: Padre Santo, escucha las súplicas de tu pueblo..." A lo que todos respondieron: "Amén." Siguió la lectura del profeta Isaías sobre la realización de los tiempos mesiánicos. Jesús se acercó a la concurrencia y los habló en estos términos: Los tiempos mesiánicos son ya una realidad palpable. Con mi muerte y resurrección el Reino de Dios ha sido instaurado en el corazón de los hombres. De ahora en adelante los apóstoles irán por el mundo predicando esta Nueva Noticia para salvación de todos. Y añadió estas palabras con especial énfasis:

"Venid a mi todos. Permaneced en mi amor. Vivid en íntima unión la vida de mi Padre, mi vida propia, la vida del Espíritu, la vida misma de Yahvé. Estoy con vosotros hasta la consumación de los tiempos."

Terminado el sermón, Jesús levantó, mirando al cielo, la bandeja del pan y el cáliz del vino mientras el coro cantaba:

"Santo, Santo, Santo eres Yahvé, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, Hosanna en las alturas."

Reinó un momento de silencio y devoción. Jesús tomó el pan y dijo con voz clara:

"Tomad y comed. Este es mi cuerpo que se entregó por vosotros en redención de los pecados."

Después alzó el cáliz diciendo:

"Tomad y bebed, Este es el cáliz del Nuevo Testamento en mi sangre la que por vosotros fue derramada. Haced esto en conmemoración mía."

El coro respondió con entusiasmo:

"¡Hosanna, Bendito el que viene en nombre de Yahvé. Hosanna en las alturas!"

Jesús y los apóstoles besaron el altar al modo como los sacerdotes lo hacían en el Templo de Jerusalén. Jesús invitó a todos a orar al Padre:

"Padre nuestro que estás en los cielos..."

Y tomando él la bandeja del pan y Pedro el cáliz del vino dijo:

"Soy yo el Cordero de Dios que por vosotros y por el mundo entero me ofrecí en holocausto. Recibidme para vuestra vida eterna." Y todos respondieron: "Amén."

Cuantos estaban cerca del altar tomaron un trozo de pan y un sorbo del vino, mientras Jesús les decía: "La paz de Yahvé sea con vosotros." Sobre el Templo de Jerusalén se elevaba en esto momento la columna de humo del sacrificio vespertino. Todos se unieron a Jesús que daba gracias a su Padre pidiéndole que guardase a todos en el amor.

Terminada la ceremonia Jesús se acercó a su madre y le dijo:

"Las edades todas renovarán mi inmolación como yo acabo de hacerlo. Sé Madre y sed todos benditos."

* * * * *

La siguiente liturgia tuvo lugar en la explanada que dominaba la casa de Lázaro, en Betania. La organización corrió a cargo de Santiago el Mayor. Y la concurrencia de fieles fue numerosísima. Gran parte de ellos merecían a Jesús algún favor o algún milagro. Pero lo que llamó la atención de todos fue ver a varios mozalbetes portando una cruz que habían hecho con dos palos de un árbol. Cuando los apóstoles vieron la feliz inventiva de los muchachos decidieron que la cruz ocupase un puesto central en la celebración. En esta ocasión Jesús les dijo:

"El reino de los cielos está dentro de vosotros... en vuestros hogares, en vuestros campos y caminos, en vuestros quehaceres y descansos, en vuestros regocijos y sufrimientos, en vuestro mendigar, en vuestro prosperar, en vuestro reir, en vuestro llorar, en vuestro amar y en vuestro orar. Sedme buenos como yo os he enseñado y os enseñarán los que yo os enviaré. Sed perfectos, como perfecto es mi Padre que está en los cielos que yo con mi sangre os gané."

* * * * *

Belén fue el lugar escogido para la siguiente Fracción del Pan, en una gran explanada frente a la puerta oriental de las murallas. La multitud que la llenaba vino de los pueblos circunvecinos. No pocos pertenecían a las familias de los antiguos pastores de la familia de José. Le tocó a Juan dirigir la celebración, acompañado de los demás apóstoles. En medio de ellos estaba Jesús. Como era ya costumbre se cantaron las plegarias y los salmos de los peregrinos. Se leyeron las profecías de Isaías y Jesús tomó pie de ellas para decirles que Él había sido enviado por el Padre para ser Redentor, Hermano, Víctima, Camino, Verdad y Vida para todos los hombres. Vivid como hijos de Dios por amor. El coro cantó: "Yahvé es mi pastor, nada me falta." Jesús despidió a todos con una bendición en forma de cruz. "Amén," contestaron todos. Y le vieron desaparecer.

* * * * *

La liturgia que se celebró esta vez en Ain Karin estuvo marcada por la sencillez y devoción. Las lecturas versaron sobre la visión de Isaías donde ve la hermosura del pregonero que sobre los montes anuncia a Sión la paz y la salvación de todos los hombres. Pero lo que más llamó la atención fue ver a cuatro jóvenes, vestidos de túnica talar, delante del altar. Jesús se acercó a ellos y les impuso las manos sobre sus cabezas mientras oraba en silencio. Lo mismo hicieron todos los apóstoles. De esta manera enseñó Jesús cómo deberían proceder los apóstoles para que en la Iglesia no llegasen a faltar nunca sus ministros.

* * * * *

Habían transcurrido varios días cuando Pedro, Santiago y Juan se personaron en casa de José de Arimatea con el siguiente mensaje. Jesús quería celebrar la Fracción del Pan con gran solemnidad en la cima del Monte Olivete. Su familia al igual que María, la madre de Jesús, no podían faltar a la cita.

María miró fijamente a Pedro y le dijo:

"Pedro, Jesús se nos va y con él se acaban las apariciones que hemos venido gozando. ¿No recordáis cuando dijo que iba a prepararos un lugar en la mansión del Padre? En el cielo seguirá presente con nosotros hasta el fin de los

tiempos. Esto fue lo que me dijo cuando me visitó: “Me voy, madre, me voy. Tú quedas por años. Sé Madre de los míos. Enséñalos a orar. Me voy, madre, a la diestra de mi Padre. El Espíritu que te hizo mi madre viene a vivificar mi Reino. Enséñalos a amarse como me amas tú.”

* * * * *

María se marchó de Jerusalén y volvió a su casa de Cafarnaún. Una tarde, rodeada de sus buenas amigas, les contaba cómo fue la Eucaristía celebrada sobre la cima del Monte Olivete:

“Durante el sermón, Jesús exhortó a todos sus discípulos a dispersarse por el mundo predicando la Buena Nueva, bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y tras estas palabras se fue elevando poco a poco, con los brazos en cruz, hasta que una nube le ocultó en lo alto.

De pronto vimos aparecer unos ángeles, llenos de esplendor, que nos mandaron volver a Jerusalén, hasta la venida del Espíritu Santo. Así lo hicimos. Y estando todos reunidos en oración, en la casa de los Marcos, sentimos una oleada fuerte de viento que hacía trepidar la casa. Una llama de fuego vino a posarse sobre la cabeza de cada uno de los presentes. Aquello resultó maravilloso. Todos comenzamos a cantar, invadidos por una fuerza misteriosa:

*‘¡Ensalzad a Yahvé, que es bueno!
¡Que para siempre es su misericordia!’*

Los apóstoles, con Pedro a la cabeza, salieron a la calle y empezaron a predicar. La gente los creía ebrios, locos rematados. Decían con grandes voces: ‘Jesús es el Mesías, el Salvador. Creed en él y Dios tendrá compasión de vosotros.’”

* * * * *

Desde aquel día de Pentecostés las cosas fueron ya diferentes. La Iglesia de Jesús había nacido y comenzaba a crecer, a tomar fuerza, a sentirse consciente de sí misma y de su misión. Cada uno de los apóstoles iba de un lugar para otro, predicando, perdonando los pecados, haciendo milagros, ganando adeptos por millares. Judea, Samaria y Galilea oyeron el mensaje de salvación. Muchos creyeron que Jesús era el Salvador, el Mesías por tantos siglos esperado.

La casa de María en Cafarnaúm se convirtió en el hogar de todos. A ella vinieron un día Pedro y los dos hijos del Zebedeo. “Madre, dijeron, el Reino de tu hijo ya está en el mundo. Ese Reino es la vida total, entera y completa de los hombres en la luz y el amor que nos da Jesús, tu hijo. Mira, venimos a encaminar la vida humana como lo quiere tu Jesús. Tú que con él la viviste, tienes que guiarnos. Senos la Madre de la Iglesia.” A este punto María, sintiendo en sus entrañas la maternidad de todos los hombres fue mostrando a los apóstoles todo cuanto atesoraba su corazón desde la concepción virginal de Jesús hasta su último suspiro en la cruz. Los apóstoles recogieron como un tesoro cuanto María los reveló. Fue de esta manera como comenzó la tradición.

* * * * *

Los doce apóstoles se habían congregado, por orden de Pedro, en Cafarnaúm. Venían con el propósito de celebrar los 48 años de vida de la Madre, de María. Y nada más apropiado que celebrar solemnemente la Eucaristía. Llegado el día, el grupo de las amigas de María la acompañaron al lugar de la celebración. Una enorme multitud de creyentes la esperaba. Tan pronto la vieron, un clamoreo inmenso llenó los aires. “Es ella, es ella, la Madre, María, María...” María lucía en este día “la túnica talar de blanco, templado de amarillo, ceñida la cintura con el ceñidor de púrpura de las Hijas del Templo.” Se dirigió al grupo de las cantoras y tomó su puesto como directora del coro. Los doce apóstoles rodearon el altar, luciendo hermosas vestiduras sacerdotales, diseñadas para la ocasión por María y sus compañeras. “Una gran cruz de madera se proyectaba tersa y esplendente sobre el azul del lago.” María entonó los salmos del Peregrino que fueron coreados por la multitud. Pedro, como presidente de la Eucaristía, invitó a todos al arrepentimiento. “Gloria a Dios en las alturas...” “Oremos al Padre que nos dio a Jesús como Mesías.”

Las lecturas escogidas para la ocasión hacían referencia a Jesús en brazos de su madre. Pedro se dirigió a la multitud:

“Hermanos todos en Jesús, el Mesías. El Reino de los cielos es como un grano de mostaza... Nada más humilde que vuestras vidas, pero nada más frondoso y refrescante que vuestra honradez, franqueza, amistad y cariño. Junto a

nosotros está la madre de Jesús, el corazón del hogar de la familia. ¡Madre!, vamos a ofrecer a tu Hijo al Eterno Padre como él nos encomendó en acción de gracias... que te haga ser por siempre Madre de los que creemos en Él.”

La liturgia continuó: “Tomad y comed... Tomad y bebed...”

Todos vieron con qué devoción y recogimiento tomó María el pan y el vino consagrados. Después ella entonó el himno triunfal de las peregrinaciones: “Acuérdate, Yahvé, de David tu siervo...” Pedro dio gracias y pidió al Señor que María, la madre de Jesús, fuese para siempre “la madre de nuestros hogares.”

En el atardecer de aquel día memorable la multitud se fue dispersando en pequeños grupos, cada cual en dirección de su pueblo o lugar. Una bella mujer, llevando en brazos a un precioso niño, se acercó al grupo de las amigas de María y a voz en grito exclamó

– “¡María, María... Madre!”

– “Pero, hija ¿quién eres tú?”, respondió María

– “Yo fue aquella mujer pecadora a quien todos llamaban “la Rubia de Séforis.” Un día, cuando Jesús comía en casa de Simón, yo, sin respetar norma alguna, entré en la casa y me dirigí a donde estaba el Maestro. Rompí el pomo de los perfumes y lo derramé sobre los pies de Jesús, deshecha en lágrimas. Oí aquella voz que me decía dulcemente: “Tus pecados están perdonados. Vete en paz.” Me fui siendo ya una nueva mujer. He formado un hogar donde las palabras de Jesús llenan todo de luz y paz. Este niño es mi hijo.”

María tomó al niño y le dio un beso. La mujer se fue.

Al llegar a casa de Cafarnaún y encontrarse sola, María elevó sus ojos al cielo y dijo: *“¡Sí, hijo mío, Jesús! Tú me lo dijiste desde la cruz. ¡Seré y, por siempre y con toda mi alma, la Madre de la Iglesia!”*

Lágrimas le brillaban en las mejillas; debían ser de felicidad, porque sonreía entornando la puerta de su casita.

* * * * *

Así concluye el P. Merino su trabajo "MARÍA, VIDA Y VIVIR", rubricado con una fecha: Viernes Santo, 5 de Abril de 1996. ¿Tenía la intención de añadir otros capítulos a la obra? Parece ser que sí. Lo prueba el hecho del esquema que formuló al comienzo de la obra.* Su plan era seguir los pasos de la Virgen hasta el final de sus días. Sin embargo, la enfermedad le obligó a poner punto final a sus estudios. Y con ello hemos quedado privados de su gran talento, intuiciones e imaginación creadora. De todos modos, la obra realizada no delata falta de unidad ni da tampoco la impresión de ser un estudio inconcluso. □

* El esquema completo de la obra incluye 10 capítulos y un Epílogo, distribuido en las siguientes "Etapas": (1) La Niña de Jerusalén; (2) La Moza de Nazaret; (3) La Virgen de Belén; (4) La Madre Galilea; (5) La Dolorosa del Calvario; (6) La Matrona del Cenáculo; (7) La Solitaria del Lago; (8) La Muerta de Getsemaní; (9) La Reina del Universo; (10) La Madre de Dios; Epílogo: Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.